

Escritores hispanoamericanos en la botillería de Pombo

Los orígenes de la botillería y café de Pombo están muy vinculados a los comienzos de la Primera Guerra Mundial, cuando llegan a Madrid refugiados escritores y artistas del resto de Europa (lo que, además sea dicho, permite hacer en el café, recién rehabilitado por Gómez de la Serna, la primera exposición cubista de España). Asimismo, su clausura en 1936, también está signada por otro acontecimiento bélico, esta vez nacional, que impulsa al motor de la tertulia pombiana al exilio. Durante este período de más de veinte años de existencia, la tertulia sabatina de Pombo será reflejo y proyección de una concepción de la literatura y de una actitud del escritor ante la vida. Pero sea cual fuere ésta, desde sus años iniciales será un punto obligado de reunión para la mayoría de los escritores hispanoamericanos que pasen por Madrid en aquellos años.

Con el tiempo, el propio Gómez de la Serna recordaría los comienzos de su versión de Pombo, alojado en una vieja casona del siglo XVIII que ya había sido testigo de antiguas e ilustres tertulias desde comienzos del siglo XIX.

«Necesito café en que reunirme un día fijo con los míos, café por decirlo así “propio” en que tomar confianza con un espacio ajeno, pero cerrado a través de los muchos años que pienso vivir dedicado a la faena literaria. / Busco y encuentro Pombo, inmediato a la Puerta del Sol, detrás de su Ministerio de Gobernación, a un paso de todos los tranvías y por lo tanto propicio a todas las citas. / Siempre me pareció un café vetusto, pero tendrá gracia que en él se cobijen y alboroten los más modernistas (...). ¿Que aquel café era tan viejo que podía desaparecer pronto? Utilicé mi concentración de augur que conoce España y me di cuenta de que aquello aun pareciendo tan vetusto iba a vivir mucho, más probablemente que nosotros mismos los jóvenes contertulios. / Cité a inauguración y todos lo encontraron bien sin dejar de sonreír (...). Fue una temporada de oasis frente a un mundo que se bombardeaba, y Madrid [y Toledo] nos ofrecía[n] su sonrisa eternal, como por encima de todos los acontecimientos.» (*Automoribundia*. Ed. Sudamericana, Bs. As., 1948).

Ramón logró crear un tiempo y un espacio muy personal en las tertulias del sábado por la noche en el Pombo y llegó a imprimirles un carácter peculiar que él gustaba acercar a límites extremos. De ahí que llamase a su café, no sin cierta dosis de humor, «la sagrada cripta de Pombo» y lo considerase un «sitio de contrición» donde se podía asistir a algún «jubileo» y de vez en cuando se podían «merecer las indulgencias plenarias» ya que no se podía salvar «la tontería de una vida». Él reivindicaba con su tertulia la supremacía de la conversación frente a la lectura que le parecía «el acto más desvanecido, más pobre de espíritu, más deleznable que se pueda realizar, por bien escogidas que estén las lecturas»; por eso, proponía la tertulia como una «filantropía» mayor del alma, que propicia la «amistad grande y pactada para pensar», donde debe regir la sinceridad que haga posible sentir «el alma humilde y real de la vida» (*La sagrada cripta de Pombo*, Madrid, Hernando, 1924). De su tertulia desterró la actitud pomposa y engreída para privilegiar la humildad y la sinceridad. Ramón se propuso crear un clima de serenidad y estabilidad como refugio frente a las amenazas existentes entonces contra la civilización:

«En la noche, como los pájaros en su jaula, podemos en aqueste ambiente esponjar nuestro plumaje, regodearnos de nuestra vida sin grandes conflictos, de nuestra gran resignación de vivir y de morir. / Esta chifladura estúpida que crea la inmodestia y los ascensos momentáneos de la fortuna y de la autoridad no se padece en Pombo. Todas las noches vemos las cosas desde esa estancia. Lo quisieramos ver todo durante toda la eternidad, en ese dodecaedro de luz en que nos amasamos con delectación. / Ya no hay mundo, ya no cree nadie en el mundo; no se puede creer en el mundo; sólo tenemos estos pequeños lugares íntimos donde encontrarnos. / Pombo no sirve, pues, para nada, nada, nada, nada más que para encontrarse. En Pombo estamos quietos... y andando.» (*La sagrada cripta...*)

Pero además Gómez de la Serna quiso que sus reuniones pombianas evitasen el tono trascendente para no caer en la tontería y en la hueca grandilocuencia; por eso, transcurrían con un gran sentido del humor, con un aire alegre, pero bondadoso que el tertuliano percibía desde su arribo a la botillería. Así explica Ramón cómo se hacía las presentaciones de los recién llegados:

«Yo hago las presentaciones un poco en broma. Me parece que se van a avergonzar, se van a encontrar cohibidos y se van a reir unos de otros silenciosamente, si las hago con esa seriedad que caracteriza a las presentaciones.

Así digo yo al que entra:

—Fulano de Tal bastante buen artista.

—Fulano de Tal bastante triste humorista.

—Fulano de Tal que ha estado en los mejores presidios del mundo, vistiendo los elegantes pijamas del presidiario (...).

Quiero conseguir así que nuestra unión esté desprovista de orgullo y la gobierne

una exquisita ironía amable. Porque las cosas del mundo no pueden ser miradas en serio más que con ironía.» (La sagrada cripta...).

Ramón acostumbraba a pedir a todo recién llegado un testimonio de su paso por la tertulia: un autógrafo para el libro de firmas y una foto tamaño carnet para un álbum. Para tal fin, había impreso un recordatorio, que se rellenaba con el nombre del tertuliano y la fecha en que estuvo en la botillería, y con el cual se adquiría el compromiso de mantener el recordatorio en el bolsillo hasta no haber cumplido con la promesa de enviar una fotografía.

En esta tesitura, pasando por estos requisitos pombianos, se encontraron muchos de los escritores hispanoamericanos que vivieron en Madrid durante el período de existencia de la tertulia. Entre ellos podemos citar a los chilenos Augusto D'Halmar, Vicente Huidobro, Teresa Wilms Montt, Joaquín Edwards Bello y Pablo Neruda; entre los argentinos, Alberto Ghirardo, Oliverio Girondo y Jorge Luis Borges; entre los guatemaltecos, Enrique Gómez Carrillo y Francisco Soler y Pérez; entre los peruanos, Alberto Hidalgo, Xavier Abril, César Miró, Alberto Guillén y Ventura García Calderón; entre los venezolanos, Manuel Díaz Rodríguez, Rufino Blanco Fombona, Pedro Emilio Coll y Arturo Uslar Pietri. Además también pasaron por Pombo el cubano Alfonso Hernández Catá, el dominicano Pedro Henríquez Ureña y el colombiano Jorge Zalamea. Mención especial merecen los mexicanos, entre los que se encuentran Martín Luis Guzmán, Artemio de Valle Arizpe, Eusebio de la Cueva y Alfonso Reyes. Referidos aparte, porque Ramón sentía una identificación muy singular con ellos:

«Yo encuentro que los mejicanos son como mis compañeros, mis paisanos del otro Madrid, del único otro Madrid fuera de España, que es Méjico. Madrid con sus grandes edificios de Carlos III y grandes muestras churriguerescas. El cuartel de Conde Duque está en todas las calles de Méjico.» (La sagrada cripta...).

Los primeros hispanoamericanos en pisar Pombo habían llegado a Madrid por muy diferentes razones, pero siempre encontraron en el café un lugar de acogida. Es muy posible que los dos primeros visitantes fuesen precisamente dos mexicanos: Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán, ambos reunidos en Madrid por causas políticas. Acudieron juntos a la tertulia, pero muy probablemente Martín Luis Guzmán no volviese más a Pombo, y sí Alfonso Reyes, que se convirtió en uno de los tertulianos más asiduos. Gómez de la Serna admiraba la gran inteligencia de Alfonso Reyes y lo retrataba así recién llegado a Madrid:

«Toda la tragedia de Reyes al principio de su estancia en España era que sus librerías estaban en París, de donde se vino a raíz de la guerra. Reyes nos lo repetía con la voz gangosa de niño gordo que cuenta lo que le ha pasado en el dedo del pie (...).

Reyes, con su cabeza de pera y su sonrisa en los ojos, oía todo lo que se decía en todas partes y sabía contestar la respuesta atinada, y que hasta cuando no tenía más remedio que ser maligna era bondadosa.

¡Qué bien veía Madrid! lo veía como se ve un día de invierno a través de los cristales recién limpios cuando se está muy metido en el quicio del balcón.» (*La sagrada cripta...*).

Alfonso Reyes asistía a varias de las muchas tertulias del Madrid de entonces, pero su presencia fue más frecuente en Pombo y a él dedicó una atención especial en un artículo en el que reseñaba:

«Pombo es una realidad trascendente, no se le puede olvidar. Las proclamas de Pombo hablan siempre de los Iscariotes, de los infieles y de los buenos apóstoles: recuerdan la manía persecutoria de los profetas. ¿Qué tragedia se esconde en Pombo? ¿Quién los ha vendido? ¿Por qué le exigen a uno ese compromiso sagrado de la firma en cuanto se acerca? Yo tiemblo...» (*Simpatías y diferencias*, O. C. T. IV, México, F. C. E., 1956).

A pesar de ese temblor Alfonso Reyes fue uno de los contertulios más activos, que participó de distinta manera con el grupo de Pombo. Una de las contribuciones de Reyes consistió en la redacción de una proclama de las muchas que se escribieron para traducir el espíritu de Pombo. La proclama de Reyes se titulaba significativamente *Contra el museo estático* donde contraponen la idea del museo como una colección de restos de un naufragio frente a la pasión de la vida. Entonces, proponer, conservar, pero sin disecar: «Queremos quemar los museos y fundar el museo dinámico el cine de bulto, el film de tres dimensiones (...). Queremos el museo-teatro-circo, con derecho a saltar al plano de las ejecuciones». (*La sagrada cripta...*).

Reyes, que siempre gozó de la estima y la admiración de Gómez de la Serna, fue considerado por el patriarca del café «pombiano auténtico, sincero y franco». Seguramente porque no sólo frecuentaba las tertulias, sino otras de las reuniones preferidas de Gómez de la Serna para su Pombo, como eran los banquetes. Los banquetes «pombianos», considerados como una de las actividades complementarias de la tertulia, eran concebidos por Ramón como un género especial para homenajeados. Decía Ramón:

«Se necesita una armazón para el homenaje ofrecido al artista en su camino, una manera disimulada y rotunda de ofrecerselo y cierta embriaguez de final de banquete para que tenga explosión cordial y sea de compadres el acto.

¡Qué admirable sentido el de los banquetes egipcios en cuya celebración se exhibía una momia para demostrar lo efímero de los placeres mundanos! ¡Qué síntesis más completa! Hay que estar engañado con suculencia y desengañado con hartura (...).

Reúnense en ellos los amigos mejores, los amigos para la vida, pues no

queremos amigos para la muerte pues el ideal final sería que los amigos el día de nuestra muerte se reuniesen en fraternal banquete para recordarnos y no fuesen al repugnante e inevitable sepelio.» (*La sagrada cripta...*).

Pues bien, a varios de estos banquetes, que se aliñaban con discursos de entrada y de despedida ya previstos de antemano en el programa, asistió Alfonso Reyes y en alguno de ellos, como en el dedicado a Díez Canedo (1922), «rojo como un cardenal, después de una cena opípara, lanzó unas palabras calurosas y emocionadas en honor de Canedo, ya que se lo pedía toda la concurrencia». (*La sagrada cripta...*).

También es de destacar otro banquete celebrado el día 14 de octubre de 1920, a las nueve y media de la noche, en honor de todos los pombianos. Ramón organizó el banquete de forma circular y situó a los comensales por orden alfabético para que formasen «más unánime cabecera sin prelación ni distinciones». Este banquete, insólito por su organización y por homenajear a tan numerosos amigos (más de 130), sirvió como acto de inauguración de un nuevo curso pombiano, ya que la temporada de las tertulias se regía según el calendario escolar.

En la lista alfabética de invitados figuran, entre los hispanoamericanos, en la C, Pedro Emilio Coll y Eusebio de la Cueva; en la H, Alberto Hidalgo y Pedro Henríquez Ureña; y en la R, Alfonso Reyes.

Además de Reyes y Guzmán, Rufino Blanco Fombona también llegó a Madrid por causas políticas, huyendo de la dictadura de Vicente Gómez, y se quedó aquí durante casi veinte años. Fue uno de los primeros hispanoamericanos en asistir a la tertulia pombiana y gozar del apoyo y la amistad de Gómez de la Serna en los primeros años de su exilio. Con el tiempo, Blanco Fombona sería uno de los intelectuales hispanoamericanos de mayor reconocimiento en España, desde donde, incluso, se solicitó el premio Nobel para él. Con Gómez de la Serna su relación se fue afianzando: fue el editor de su teatro y de su novela *El gran hotel*. Pero hasta 1928, no evocará su paso por Pombo y entonces glosará la personalidad de Ramón definiéndolo por su gran sentido del humor, por su talento extraordinario y su ausencia de pedantería.

Entre los primeros tertulianos hispanoamericanos también hay que contar a Alfonso Hernández Catá, antiguo conocido de Gómez de la Serna, que sorprendió a sus amigos el día que desapareció de Madrid y volvió como cónsul de Cuba «con su habla embuchada y merengosa» cuando todos lo creían español. Enrique Gómez Carrillo, que había venido a Madrid desde París a dirigir *El Liberal* a la muerte de su antiguo director, también entró alguna vez en la botillería y ambos asistieron, asimismo, a algún banquete pombiano. También es de mencionar a Vicente Huidobro que vino varias veces a España durante la guerra. Ramón lo

estimaba como un «muchacho extraño, portador de una extraña misión», y del cual se consideraba «su mejor amigo, su buen camarada».

En 1917, llegó Alberto Ghirardo como enviado especial de *La Nación* de Buenos Aires y como representante de la Sociedad de Autores Argentinos, con la misión de dar a conocer el teatro y la literatura argentina en Madrid, y al tiempo estudiar la vida literaria y artística de España. Pronto gozó de gran reputación y afecto entre el mundo literario y fue contertulio de los grandes cafés literarios que entonces abundaban en Madrid. Naturalmente, asistió a Pombo y a alguno de sus banquetes, en uno de los cuales improvisó unos versos que tituló *La silueta de Ramón* en los que retrataba la versatilidad de la figura de Gómez de la Serna.

Cuando termina la Primera Guerra Mundial, la afluencia de escritores hispanoamericanos a Pombo se acrecienta y la tertulia vive un momento de gran participación americana nutrida por los nuevos asistentes que van llegando y por algunos de los ya viejos contertulios.

Por estos años llegan los chilenos Teresa Wilms Montt, en una breve visita, Joaquín Edwards Bello —para una estancia de dos años— y Augusto D'Halmar, que se quedará durante más de quince años. Aunque el paso por Madrid de los tres chilenos será de signo muy diferente, todos aparecen por la tertulia de Pombo y asisten a alguno de sus banquetes. D'Halmar desarrolla en Madrid una gran actividad periodística, escribe crónicas, publica varias de sus obras, gana premios literarios. Es decir, se integra plenamente en la vida literaria madrileña y asiste a varias tertulias. Por el contrario, Joaquín Edwards no debió encontrarse muy a gusto en Madrid, ni siquiera en la tertulia, pese a que coincidía con Ramón en la composición de un tipo de greguerías llamadas «fuegos fatuos». Edwards Bello decía de su compatriota: «D'Halmar es una novedad en español, en la España solitaria, un poco refractaria a lo exótico, es una novedad como lo fueron Darío, Gómez Carrillo, Rodó, etc. D'Halmar produce siempre un gran efecto». (*Crónicas*, Talleres «La nación», Santiago, 1924).

Quien causó verdadera sensación entre los tertulianos fue Teresa Wilms Montt, por su insólita belleza, su juventud y su actitud de mujer y escritora rebelde. Pintada por el también tertuliano Julio Romero de Torres, Ramón decía que ella embobaba a los hombres y algunos escritores «chocheaban visiblemente» al perseguirla. Joaquín Edwards Bello decía de ella: «En Madrid dió una nota de arte y elegancia novísimos: dió a conocer ese genio alerta, ágil y audaz de las artistas chilenas. Era una embajadora de gracia por su “charme” especial, su belleza y cultura muy *après guerre*». («Recuerdos de Teresa Wilms Montt», *La Nación*, Santiago, 29, diciembre, 1921).

Fue muy amiga de Valle-Inclán, y Juan Ramón Jiménez, valoró altamente su

obra por su «expresión original (que) encuentra la emoción más clara de un misticismo nuevo». («Poesía y efigie de Teresa Wilms Montt». *Caballo de fuego*, Santiago, diciembre, 1945). Pero a Gómez de la Serna no debió provocarle tanto entusiasmo a juzgar por estas palabras: «Estuvo algunas noches en Pombo desmelenándose al hablar, sin saber encontrar las palabras del espíritu. ¡Ah eso no! Patinaba entonces y decía cosas vagas, simples, como collares búlgaros». (*La sagrada cripta...*).

De forma muy esporádica visitaron también Pombo, Pedro Henríquez Ureña, quien seguramente fue conducido allí por Alfonso Reyes y Manuel Díaz Rodríguez. Mucho más asiduas fueron las visitas del venezolano Pedro Emilio Coll, a quien Gómez de la Serna guardaba un gran afecto. Lo destaca entre muchos por parecerle un hombre justo, bueno, generoso, sensato, ecuánime y comparable, según él, «a lo más florido de nuestra intelectualidad, que puede estar con nosotros y en el lugar más próximo de todos en el cóncave de Pombo». Pedro Emilio Coll compartía con Ramón su espíritu antiacadémista, aunque se daba la gran ironía de que él había sido nombrado académico en 1911. Supo comprender muy bien a España, al decir de Ramón, pero lo que más valoraba era cómo Coll había hecho entender la idea de América a los españoles, no la América oficial y ruidosa, sino la más profunda, y también cómo les había inculcado a él y a sus amigos el gusto por la literatura hispanoamericana, haciendo que aprendiesen de memoria versos de poetas hispanoamericanos.

Vivió varios años en Madrid alejado de la parafernalia oficial, de forma silenciosa y casi de incógnito, pero participando, eso sí, muy activamente en las tertulias y los banquetes de Pombo. Tomó parte, incluso, en las «buñoladas de viento» que eran otro tipo de banquete más sencillo y familiar para reforzar la atmósfera de hogar reconfortable de la «sagrada cripta» en los cuales se tomaban buñuelos de batata y crema y se brindaba con jerez. Alberto Hidalgo lo recordará como uno de los tertulianos más importantes de «espíritu eutrapélico, reposado, ponderado. No se arrebató, no dogmatiza, no discute. Y luego, es tan inteligente, tan elocuente, que casi no habla». (*Muertos, heridos y contusos*, 2.^a ed., Buenos Aires, Imprenta Mercatali, 1920).

Pasan, en esos mismos años, por Madrid, dos jóvenes poetas peruanos: el ya mencionado Alberto Hidalgo y Alberto Guillén, que vivieron intensamente las tertulias de Pombo. Los dos gozaron igualmente de la estima y consideración de Ramón con quien intercambiaron libros y palabras de amistad y elogio. Ambos peruanos, los dos rebeldes e iconoclastas, publicaron entonces libros en España, pero con el tiempo la figura de Guillén fue quedando más olvidada; Hidalgo, sin embargo, ha sido revaluado, sobre todo en los últimos años, por el valor de su poesía y por su papel como iniciador e introductor de las vanguardias. Es de

mencionar, a este respecto, la antología que preparó en 1926, junto con otros dos tertulianos de Pombo: Vicente Huidobro y Jorge Luis Borges, titulada *Índice de la nueva poesía hispanoamericana*.

Alberto Hidalgo es considerado por Ramón en esos años jóvenes como un «ser avisado, sincero hasta la grosería, penetrante hasta la invención, juvenil hasta el arrebató y, sobre todo, bien orientado, que es lo más difícil de conseguir». No obstante su juventud, ya había publicado algunos libros, entre los que destaca *Jardín zoológico*, «libro valiente, impulsivo terrible en que se insultaba a todos los escritores —dice Ramón— menos a mí» (*La Sagrada Cripta...*).

Hidalgo publicó poco después otro libro de similares características, pero éste en prosa, titulado *Muertos, heridos y contusos* (1919); una serie de biografías, de tono muy personal, de escritores españoles e hispanoamericanos, entre las cuales, la figura de Gómez de la Serna era tratada con mucha mayor benevolencia que otras. Cuando por fin se conocieron, Ramón llegó a comprenderlo y estimarlo:

«Me enteré de que consistía su dureza en amarlo todo demasiado y en pedir a todo demasiada perfección, y encontré que era un español nervioso, agil, ansioso de pugilato, impaciente con esa desesperada impaciencia que corroe a todos los jóvenes del mundo en este momento.

Durante unos días ha convivido conmigo y con mis amigos, viendo todos en él un avanzado, uno de esos hombres a los que hay que mirar al lanzar una idea, porque son como la piedra de toque de las ideas, huraños silenciosos; pero arrebatados a veces, muchas veces, como le sucedía a Hidalgo, que se dispara y mueve en el aire sus manos de murciélago, secas, enjutas de dedos largos, afilados y curvos hacia dentro, unos dedos que son en sus intrínsecos entre dedo y dedo, membranosos como los del murciélago (...).

Hidalgo en Pombo miraba con miradas acerbas a todos y sólo de vez en cuando entraba a saco en la conversación.

Yo me sentía satisfecho de estar junto a un americano rebelde, cierto de tantas cosas como nosotros, de mano elocuente como una llamarada que atajaba las opiniones tontas y las prendía fuego.» (*La Sagrada Cripta...*).

El afecto y la admiración entre ambos escritores fue mutuo, pues Hidalgo, por su parte, llegó a afirmar que Ramón era «el único gran pensador» de la España de su tiempo. Contagiado de él, compuso también greguerías e hizo un retrato de Gómez de la Serna de verdadero humor y mirada ramoniana:

«La primera impresión que hace Gómez de la Serna es muy desagradable. Parece un corcho de botella de champaña. Tiene la cabeza redonda como una bola de billar. La cara es un queso de Holanda. Es bajito, mofletudo y rechoncho. Ni moreno ni blanco, a simple vista tiene una traza de bodeguero. Uno no cree ni quiere creer que este cuerpo sea el de Gómez de la Serna. No, no deber ser. Será un cuerpo postizo dentro del cual ha de haberse metido para despistar a los acreedores. Sí, sí,

eso es, se dice uno, en mirándole a los ojos, que no son los que corresponden a ese cuerpo. ¡Ah, los ojos de Ramón!» (*Muertos, heridos y contusos*, Buenos Aires, 1920).

Pero también destaca la gran personalidad de Gómez de la Serna, que había conseguido crear escuela. Pero —subraya— «no escuela pequeña, limitada por las fronteras de su patria. Es una escuela que cuenta con muchos discípulos, que ha traspuesto las fronteras españolas y ha atravesado el mar, como Colón hace cientos de años. En América, Gómez de la Serna tiene secuaces, amigos y entusiastas» (*Muertos, heridos y contusos...*).

Hidalgo consideraba a Pombo el más solemne de los cafés españoles y retrató a los pombianos desde su más variopinta condición:

«Los “pombianos”, antes que de otra cosa, hacen efecto de amigos burgueses. No tienen barriga ni fuman en pipa yo no sé por qué. Algunos de ellos, según se me antoja, no saben ni por qué son “pombianos”. Yo creo que hay jóvenes que van sólo por curiosidad y para darse el lujo, tirándose hacia atrás, e hinchando el cuello, de decirles a sus amigos o a sus novias: “¡Yo soy amigo de Gómez de la Serna! ¡Yo voy a Pombo!”. Claro está que en cambio va gente de mucho valer y no menos prestigio. Allá he conocido, por no citar sino a los más importantes, a Pedro Emilio Coll y a Bagaría.

Ramón Gómez de la Serna es como el jefe de este grupo. Se sienta un poco en el Café, hacia el centro de la mesa, con un arte papal. Conduce discusiones, apacigua acaloramientos y chilla de cuando en cuando. Su misma cara redonda le da cierto aspecto de Sumo Pontífice. Así nos resulta un pontífice joven y con patillas. Ya muy avanzada la mañana, se marcha, rodeado por todos, y en la calle levanta la cabeza hacia el cielo, y saluda a la aurora con una mirada fraternal...» (*Muertos, heridos y contusos*).

Con el tiempo, Alberto Hidalgo lo evocará como el café más famoso de su época convertido ya en monumento nacional, el monumento nacional por excelencia. Fijó entonces una imagen de lo que fue para él, imagen extensible seguramente a otros muchos americanos que lo conocieron:

«Es el monumento, el mejor baluarte de la cultura española. Compite con el Ateneo y lo supera en esto: en que es la mayor agrupación de gente selecta que se conoce. También supera a la Real Academia de la Lengua. Es más honroso ser “pombiano” que ser académico.

La gloria de su renombre ha traspuesto los linderos de la patria. En Francia, en Inglaterra, en Bélgica, en Italia, en América, se sabe lo que es Pombo, se tiene interés en ir a Pombo, se sueña con Pombo. Eso más le debe España a Pombo: el que en los centros literarios de Europa se la tenga en cuenta. Pombo no es solamente por eso, un café, una Peña. Pombo es una institución. Pombo es tan respetable al menos, como la Suprema Corte de Justicia o el Senado de la Nación. Es una fuerza.

Todo hombre de letras que llega a Madrid, tiene necesariamente que ir a Pombo, como el viajero que arriba a Egipto está obligado a visitar las Pirámides y quien va a París, pasea el Louvre; y a Grecia, las ruinas del Parthenon; y a Roma, San Pedro;

y a Nueva York, la Quinta Avenida. Pombo les ha restado importancia al Museo del Prado, al Palacio de Oriente, a la Cibeles, porque la gente, a falta de tiempo, entre conocer aquellas cosas y acudir un sábado a Pombo, se queda con lo segundo.

Pombo otorga el espaldarazo a los neófitos del arte. Por Pombo ha desfilado cuanto más grande ha pisado el suelo de Madrid, desde Maeterlinck hasta Maurice Barrés, desde Zuloaga hasta Picasso. Es digno de notar que los jefes de las otras peñas, Azorín, Valle-Inclán, Cansinos, Benavente, Ayala, van de tiempo en tiempo a sentarse a las mesas del Pombo, sin emulación ni *enojo* por el desmedro que a sus peñas les acarrea y más bien como si aún quisieran consagrarlo más con su autoridad.

Pombo se diferencia de las otras peñas en que está sujeta a leyes que nadie más que su jefe puede alterar. En Pombo está prohibido gritar, decir palabras rudas o de mal gusto, nombrar a ciertas mediocridades. Pombo tiene un sabor como de iglesia, un aspecto litúrgico de veras impresionante.» (*Diario de mi sentimiento*. Ed. Privada, Buenos Aires).

Del otro Alberto peruano, Alberto Guillén, que también acudió a la tertulia guiado por la fama del Pombo, Ramón descubrió pronto su talento, aunque era, según él, un «talento peligroso»; en consecuencia, valora su obra como «fiera espada de sacrificador» e incluso describe su aspecto físico con la misma óptica y asevera que su talante es de sacerdote del Sol y de la Luna y su espíritu «a ratos dócil y poético, a ratos encarnizado e ingrato». Pese a ello, le mereció la mayor consideración por la fuerza de sus palabras que hacían «blanco en las estrellas más altas». Recuerda con afecto la entrada e incorporación de Guillén a la tertulia que describe con todo lujo de detalles, de los que extraigo alguno:

«Un día entró en Pombo un joven de cabeza de fuertes huesos y pelo crespo, negro, como atributo de un ídolo negro. Era tan rudo y tenaz su perfil que no se perdía en el rostro que se presentaba de frente, sino que atacaba a los que le veíamos llegar (...). Alberto Guillén se llamaba ese ser enjorobado y con tipo de pollo de águila (...).

Como todo el que llega por primera vez a Pombo venía en su bote, remando contra corriente, remando con forzada violencia, luchando contra la resaca que intenta llevarse al que pretende entrar, trasportándole otra vez lejos (...).

Alberto llegó y yo me alegré de estrechar su mano.» (*La Sagrada Cripta...*).

A su vez, Guillén traduce la emoción que sintió al ser presentado por primera vez en la tertulia:

«Con mi tarjeta retorcida en la siniestra, me extiende la derecha, fugitiva, gordezuela y episcopal.

Luego dice con voz canora que repercute en la Sagrada Cripta (el café de Pombo es la Sagrada Cripta donde oficia Ramón).

—A mi lado, Guillén.

—Yo me siento —neófito de un nuevo culto— a la diestra del Sumo Pontífice. Una emoción me embarga, una emoción de iniciado, con una mezcla de risa y de curiosidad. Hay muchas cabezas atentas, como signos de interrogación. También hay melenas absurdas y dicharachos amenos. No se habla mal del ausente. Sexto

mandamiento pombiano: "Ser sincero, pero no de sobra". La Sagrada Cripta me hace el efecto de una cueva de gnomos. Aquí las anécdotas, los panoramas, las sonrisas recogidas, fuera.» (*La linterna de Diógenes*, Biblioteca «La Aurora literaria», Lima, 1923).

Guillén es presentado como persona áspera y agresiva, pero su agresividad es considerada por Ramón como algo necesario en algunos momentos, como lo era en España, en 1908, cuando él empieza a escribir y su obra presenta una factura inconcusa y disonante: él defiende la actitud demoledora y desafiante del escritor y aboga por una función catártica de la literatura, por eso justifica a Guillén: «Ahora el Perú está en el tiempo que exige a sus escritores esa rudeza. ¡Qué enormes burgueses debe haber por allí! Por eso resulta tan amenazador, tan vengativo, tan asqueado Guillén. Aquí le hemos comprendido y le hemos homenajeadado con nuestra amistad».

Sin embargo, Gómez de la Serna no entiende lo que considera un síntoma de la moda en América que consiste en escribir libros contra los intelectuales hispanoamericanos y españoles. Guillén acababa de publicar en Madrid *La linterna de Diógenes*, un libro, al decir de Ramón, «agresivo y escandaloso» en el que ve a sus contemporáneos, la mayoría de ellos intelectuales españoles, como «bandidos», «envidiosos» y «egoístas». Ramón se lamenta de ese enfoque convencido de que si él hubiese conocido de antemano el texto le hubiera disuadido de escribirlo. Y explica: «Se puede hacer un libro de ironía sobre un pueblo que no es el de uno, sobre sus tipos, sus costumbres, sus idiosincrasias, sus burgueses; pero un libro de crítica, que más que nada es de oposición a todos sus intelectuales, no está bien que se haga».

Quizá sea González Ruano al que dé con la clave del libro cuando dice que «Alberto Guillén tenía, sin duda, horror a ser un americano más en Europa. De ahí su afán por destacarse contra viento y marea» (*Veintidós retratos de escritores hispanoamericanos*, Madrid, eds. Cultura Hispánica, 1952).

El caso es que como en el libro de su compatriota Alberto Hidalgo, Ramón sale mejor parado que el resto de sus compañeros. Guillén hace algunas descripciones del aspecto y la personalidad del escritor español de auténtico cuño ramoniano:

«Don Ramón es un genio. Un genio con minúscula; aún más, si queréis, con una minúscula chiquitita como una hormiga; pero un genio, alegre y gordo como un 8. No tiene cara; tampoco tiene cuerpo; es un 8, nada más que un 8. ¿Que no tiene cara? ¿Pero qué cara tiene don Ramón? Yo le he mirado fijamente queriendo retenerla, y no la tengo. Es una cara que huye, que se escapa como la arena entre los dedos, como el agua, como el humo. ¿Podéis coger el humo con la mano? Sí; indudablemente don Ramón es un hombre sin cara (...).

Unas cejas que miran y una cachimba que piensa. Este es todo Ramón. Además,

es sencillo y complicado como un muñeco de cuerda, y es dicharachero y es inquietante como un niño. Anda, además disfrazado exteriormente en el pellejo de una col: gordo, rollizo, alegre y circular.» (*La linterna de Diógenes*).

Poco después llegan dos argentinos, entonces todavía jóvenes y principiantes, de quienes también será Gómez de la Serna el primero en España en apreciar sus valores literarios: Gironde y Borges. En 1923, tras publicar sus *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* apareció Olivero Gironde por la botillería, y allí se conocieron los que con el tiempo llegarían a forjar una gran amistad. Ramón ya había leído en el tranvía desde la Puerta del Sol a la Bombilla, ida y vuelta, los poemas de su todavía desconocido amigo, «encantado de encontrar libros sin falsedades y sin repugnantes tatuajes de estampilla ajena». Pero cuando se conocieron pudo confirmar, «en una comprobación pombiana», el «intenso talento» de Gironde. Por eso, González Ruano dirá más tarde que «madrileñamente considerado el argentino Oliverio Gironde es un pombiano, un hombre descubierto y un hombre lanzado por Ramón Gómez de la Serna». Ramón recordaría después una noche amistosa con Gironde: «Cenamos en mi café de Pombo y con la última botella de un licor de rosas, un rosolí que quedaba en la bodega del viejo café desde tiempos de Espronceda, brindamos por una amistad que habría de intensificarse con el tiempo». Efectivamente así ocurrió, como lo atestigua Gómez de la Serna en varias ocasiones y, todavía en 1960, en la edición que hace de sus greguerías, la dedicatoria reza: «Dedico este libro al escritor más original y fantasmagórico de la literatura argentina, a Oliverio Gironde, prócer según el noble estilo de los prototipos, entrañable y viejo amigo, admirado poeta».

Al año siguiente, arriba Jorge Luis Borges en su segundo viaje a España. Para Ramón era entonces, sobre todo, el hermano poeta de su amiga la pintora Norah Borges, que vivía un intenso noviazgo con su amigo, estudiante de derecho y tertuliano de Pombo también, Guillermo de la Torre. Ramón comentaba: «Mi impresión de Borges me revelaba un muchacho pálido, de gran sensibilidad, un joven medio niño al que nunca se encuentra cuando se le llama». Y agregaba «huraño, remoto, indocil, sólo de vez en cuando soltaba una poesía que era pájaro exótico y de lujo en los cielos del día». Cuando Borges y Ramón se conocieron, éste ya había leído *Fervor de Buenos Aires* y consideraba al joven poeta «un Góngora más situado en las cosas que en la retórica», sin embargo, cuando Borges llega a Pombo, Ramón consigna que «propalaba en esa época su amor excepcional por Quevedo y llevaba siempre en el bolsillo una edición príncipe de sus *Sueños*». En cuanto a Borges, parece ser que no se encontraba muy a gusto en la tertulia de Pombo, según asevera Yurkievich, «por el carácter farandulero de los contertulios» y él mismo reproduce unas palabras en las que Borges comenta:

«Me mezclé alguna vez con ese grupo y no me gustó su manera de comportarse. Había allí un gracioso que llevaba un brazalete del que colgaba una campanilla. Daba la mano a los concurrentes y la campanilla sonaba, y Gómez de la Serna decía invariablemente: “¿Dónde está la serpiente?” Suponía que eso era divertido. En una ocasión se volvió orgullosamente hacia mí. “¿Seguro que usted no ha visto en Buenos Aires nada parecido?” —me dijo—. Tuve que convenir, gracias a Dios, que así era». (Saul Yurkivich: «Jorge Luis Borges y Ramón Gómez de la Serna: el espejo recíproco» en *España en Borges*, Ed. el Arquero, Madrid, 1990. Recogido de Emir Rodríguez Monegal: *Jorge Luis Borges: Biographie Littéraire*, París, Gallimard, 1983).

Pese a estas discordancias, Borges y Ramón mantuvieron durante mucho tiempo una buena relación literaria, mutuamente receptiva y respetuosa, hasta que sus caminos se apartaron definitivamente.

Al comenzar los años treinta, la tertulia de Pombo se mantiene sobre otras que han ido desapareciendo. El nombre de Ramón se ha extendido por América y realiza dos viajes a Argentina, uno en 1931 y otro en 1933, hasta el tercero y definitivo en 1936. Entre viaje y viaje, y ya en los últimos años de su existencia, la tertulia se reanuda, y siguen llegando visitantes hispanoamericanos. Arturo Uslar Pietri se acerca una noche en 1931 y allí coincide casualmente con Jorge Zalamea. Aunque para el venezolano Madrid era «una ciudad sin noche», más tarde recordará esa visita nocturna a la tertulia, pero no con demasiado entusiasmo:

«Fui un sábado a la calle de Carretas, al Café Pombo, a las dos tertulias de Ramón Gómez de la Serna, la que ocurría semanalmente en las mesas del Café y la que permanecía rígida en el cuadro de Solana que cubría toda una pared (...).

Era la tertulia de Ramón y tenía más de circo y de feria que de tertulia literaria. Por algunos lados se abría a un público heterogéneo de gente no propiamente literaria que, tal vez, le podían servir al escritor como materia prima de greguerías y relatos.» («Mí más remoto Madrid». Rev. *La Capital*, n.º 5 Mayo 1992. Madrid).

Sin embargo, en estos años finales de Pombo, todavía le quedan a Ramón fieles devotos que acuden a la tertulia guiados por una inmensa fe en el patriarca de la «sagrada cripta»; como el greguerista guatemalteco Francisco Soler, que crea, a imitación de las greguerías, los solerismos, muy elogiados por el propio Ramón, que ya había leído su obra antes de conocerlo y veía en él «un raro talento de escritor». Él mismo le cursó una invitación para que viniese a Madrid «a cambiar impresiones» (Carlos Samagoa Aguilar en *Solerismos*) al tiempo que le enviaba los papeles de Mariscal de Campo de la greguería junto a una cáscara de nuez. Para Soler y Pérez su viaje a Madrid fue una auténtica «peregrinación» a la «Meca de la greguería». Él describe con verdadera emoción las primeras impresiones de su llegada a Pombo:

«Me dirigí a Pombo; pasé sus dos puertas de cristal y quedé como desorientado y sin brújula; sin la brújula que me indicara esa isla de la cripta de Ramón (...).

Pombo —me dije, apenas había entrado—. Es algo café laberinto. El café de los esquinzos. Entré a la cripta de Ramón con algo de imprevista salida a escena, que es como se desemboca en los pasillos de Pombo, como se cruzan sus callejuelas, muy con el azoramiento de las cosas impremeditadas.» (Francisco Soler y Pérez: *Solerismos*. Guatemala, Ministerio de Educación Pública, 1951).

En el transcurso de sus visitas se fue convirtiendo en un acérrimo pombiano que llegó a conocer muy a fondo el significado de las reuniones sabatinas:

«Conforme iba los sábados a las tertulias ramonistas de Pombo, más cosas nuevas y sugerentes encontraba en ese café patriarca de los cafés madrileños. Cada vez y según se va seguido a él, nos acaba siendo necesario; algo como que si se nos pegara demasiado a la vida; porque Pombo tiene mucho de antesala del hogar, la antesala de la casa primera, de aquella que la recordamos por lo vetusta y llena de reconciliaciones (...).

En los acogedores ángulos de Pombo, nos confesamos algo de nuestra condición humana, y nos parece ir recibiendo esas bendiciones con que la benevolencia sacerdotal de Pombo nos acoge y nos enseña a no ser mucho de lo que siempre somos de falsos y postineros.» (*Solerismos*).

Uno de los últimos en visitar Pombo es Pablo Neruda. Ramón recuerda que fue en 1935 cuando lo conoció «con más intimidad» y fue entonces cuando encaró «su rostro extraño de *pierrot* exclaustro». En Pombo, según Ramón, «el poeta recita su poesía como en agonía, como dicen que hablan de lenta y concienzudamente en su terruño, como en melopeya en que hace contraste la inmoralidad de que están dotados sus versos y la mortalidad del poeta y su voz de padre». También Neruda evoca el momento en que ambos se conocieron:

«A Ramón Gómez de la Serna lo conocí en su cripta de Pombo y luego lo vi en su casa. Nunca puedo olvidar la voz estentórea de Ramón, dirigiendo, desde su sitio en el café, la conversación y la risa, los pensamientos y el humo. Ramón Gómez de la Serna es para mí uno de los más grandes escritores de nuestra lengua, y su genio tiene la abigarrada grandeza de Quevedo y Picasso.» (*Confieso que he vivido*. Barcelona. Seix Barral, 1974).

Gómez de la Serna atestigua que la presencia de Neruda soliviantó la vida literaria madrileña y fue una figura muy discutida. Qué duda cabe que él mismo ya había preparado ese ambiente porque al pisar tierra española había anunciado: «Mi llegada a España tendrá la importancia de la llegada de Rubén Darío hace veinte años». Y Ramón aseguraba que Neruda tenía toda la razón. Como ya había ocurrido con otros escritores hispanoamericanos, Gómez de la Serna había apoyado y valorado desde sus comienzos la poesía de Neruda y le gustaba que se le reconociese ese mérito, por eso afirma:

«Fui de los primeros que se dieron cuenta de que él era el portador de la verdad poética nueva en el castellano universal, ni el de allí ni el de acá, sino el que está por encima de todos en la estratosfera (...). Pablo Neruda es un hombre solitario entre los hombres, que, sin embargo, se sentía entre ellos y cantaba al hombre y sus instintos de gran pirata.» (Ramón Gómez de la Serna: *Nuevos retratos contemporáneos*. Madrid, Aguilar, 1990).

Por su parte, Neruda también reconocía la importancia literaria de Ramón al que consideraba «gran figura del surrealismo, entre todos los países» aunque también reconocía que su «tamaño caudaloso» sobrepasaba tal escuela. Para Neruda la obra de Ramón significó una «revolución» que revelaba el «valor verdadero del erario del idioma», por eso, no dudó en pedir para él el premio Nobel en 1962.

No todos los escritores hispanoamericanos que estuvieron en Madrid en los años de Pombo entraron a su tertulia. Algunos prefirieron mantenerse retirados de la vida literaria que entonces se hacía en Madrid en los cafés, como Gabriela Mistral, Jaime Torres Bodet, José María Vila, y pocos más, pero lo cierto es que la mayoría de ellos, al menos una vez, pisó la sagrada cripta porque Gómez de la Serna había hecho de ella un lugar obligado para los artistas de dentro y fuera de Madrid.

De Alfonso Reyes a Pablo Neruda, los visitantes hispanoamericanos de Pombo vivieron la tertulia de muy distintas maneras, pues no todos pudieron sentirse igualmente identificados con el carácter antiacademista, irreverente y humorista que Ramón le imprimió a sus reuniones. Pero, como se ha podido ir observando, la mayoría de los pombianos de América eran jóvenes escritores renovadores de la literatura en español del otro continente, que consideraron el café como un auténtico espacio sagrado, como un lugar para su consagración en la tarea literaria. Desde esa perspectiva, Pombo hace de Madrid un lugar importante en la tradición del viaje europeo del intelectual hispanoamericano que entonces suele dispersar su itinerario entre Francia, Italia, Bélgica y España.

Pero también habría que preguntarse qué significó para Madrid la llegada de tantos escritores hispanoamericanos, pues, no cabe la menor duda de que contribuyeron a animar la vida literaria y cultural con su asistencia a tertulias, sus crónicas periodísticas, la publicación de sus libros, su presencia en certámenes literarios, la labor editorial de alguno, etc. En suma, actuaron como difusores vivos de la literatura escrita en el lado de allá y la acercaron al mundo de acá.

Para un escritor tan madrileño como Ramón Gómez de la Serna, pero, sin duda, el más internacional de su tiempo, el encuentro con los escritores que venían de América fue un gran acicate y, por eso, trató de mantenerse siempre en contacto con ellos. Incluso desde su exilio en Argentina el recordará más tarde sus antiguos vínculos pombianos con escritores americanos:

«Allí recibí a través de los años a los jóvenes —y a los viejos— que llegaron de América y los senté a mi derecha y recabé para ellos el respeto y la amistad de todos, siendo por eso que en todas las Repúblicas de habla española quedan artículos insertos en sus diarios y alusiones en muchos libros que le recuerdan [a Pombo] con afecto.» (*Nuevas páginas de mi vida*, Madrid. Alianza, Ed. 1970).

Con el paso del tiempo, y ante las incomprensiones y hostilidades de algunos de sus compatriotas, Gómez de la Serna verá más factible su proyección en América que en España. Y así lo dice expresamente:

«De todo me recompensa esa diáfana repercusión con que cuento en el público de América y en sus juventudes (...).

El caso sincero de mi espíritu ha encontrado allí la atención desinteresada, sencilla, sin prejuicios ni cabildeos. Nos hemos entendido con la más espontánea de las inteligencias. Hay muchos ratos en que sólo confío en el espíritu clarividente y absuelto de América.

Yo creo y espero en esas juventudes y en aquellos públicos que, aún con canas en las sienes, comprenden, ven, tiene la expedita mirada de frente que yo necesito. Espero que alguna vez me salve sólo América...» (*La Sagrada Cripta...*).

JUANA MARTÍNEZ GÓMEZ
Universidad Complutense de Madrid